

FEDERICO REYES HEROLES

SENCILLEZ DE LA DEMOCRACIA

EL ESTREMECIMIENTO

UNA ACTIVIDAD INQUIETA, una fuerza sobreabundante, una energía que todo lo invade son las ventajitas de la auténtica democracia, dice Tocqueville. La acompaña siempre un estremecimiento.

La democracia es un hecho que corre en nosotros, pero que a la vez tiene vida propia y sólo a ella obedece. Quien quiera probarla debe estar dispuesto a vivir el estremecimiento, la inevitable dosis de pérdida de control que la acompaña. Obedecemos y sin embargo el temido estremecimiento es nuestro. Pero con la democracia, y sólo con ella, llega también esa actividad inquieta, esa fuerza sobreabundante, esa energía que todo lo invade y que, según Tocqueville "... por poco favorables que sean las circunstancias... engendra maravillas". Sin embargo, advierte, de la democracia no cabe esperar el gobierno más hábil.

Desde la atalaya de la habilidad autoritaria todo puede encontrar justificación: un encarcelamiento irregular, la tortura impune o la violación de una urna se consideran, cuando más, tropiezos insignificantes en una marcha hacia horizontes más amplios.

Así es el autoritarismo; promete frutos de democracia para un futuro siempre diferido. El argumento se repite una y otra vez: primero la igualdad social, después la democracia; primero garantizar la soberanía, después la democracia.

Los dos Méxicos

Hay un México parido durante los relevos en el mando, sucedidos por traición. El México de los asesinatos en cadena entre caudillos. El que alaba el descabezado militar de Obregón, la frialdad a toda prueba de Calles. El que narra el porqué de las sucesivas desapariciones de poderes en los gobiernos estatales. El que conversa secamente sobre los pros y contras de la incorporación de los nuevos caciques gremiales en la estructura de control político. El México para el que la habilidad en el mando es valor supremo que exige un jacobinismo por disciplina. El que en privado tiene amplias explicaciones del porqué del "fraude patriótico": resultado, consecuencia —se dice— de las agresiones del exterior.

Como resultado de esa tradición de habilidad autoritaria ha nacido un nuevo conservadurismo dentro

del poder. Él es quizá, hoy por hoy, la mayor resistencia a un proceso de legalización total.

A ese México se le contraponen otro, cada vez más extendido, cruzado por un convencimiento profundo; que anhela el estremecimiento democrático y asume plenamente todos sus efectos; que sabe que un futuro democrático sólo se construye exigiendo un presente pleno de democracia. Lo que a muchos desgarran en su interior es precisamente que nada pueda ocurrir en la vida política del país.

TRES DEIDADES DE LA HABILIDAD

La habilidad autoritaria rinde pleitesía a tres deidades. La primera es la estabilidad, que para algunos ha dejado de ser gran atributo y resultado de una política, para convertirse en pilar y, a la vez, pretexto para justificar la permanencia en el poder. Estabilidad versus estremecimiento. Estabilidad que ratifica nada menos que la autonomía frente a los imperios. Estabilidad producto del crecimiento económico y también causa del mismo.

Fue esa estabilidad la que permitió lanzar cifras que nos acercaron por años al milagro económico. Estabilidad porque hay control interno; ¡qué contraste frente a las frecuentes dictaduras de nuestros vecinos del sur! En México los militares están bajo control. No hay fuerza organizada que pueda pretender el reto, ni se permitirá su organización. Realismo, capacidad de mando, conducción nacional priista. Los habilidosos agradecen que algunas partes de nuestro ser nacional estén adormecidas.

La segunda deidad es el desarrollo social. El primer mexicano ha propiciado un desarrollo con contenido social. Son cuatro décadas de seguridad social, que se ha incrementado casi exponencialmente y que ya rebasa los 30 millones de derechohabientes, cerca de la mitad de la población. Seguridad social ineficiente, costosa, pero crecientemente. Allí están las garantías laborales progresivas, para beneficio de millones. Una que otra violación de derechos laborales encuentra justificación en esta perspectiva amplia en que la estabilidad y el desarrollo social se hermanan. Allí están también la movilidad social y la educación pública, gratuita, masiva y en permanente ampliación, el impulso a la vivienda, apoyo a los consumos básicos de las urbes, etcétera.

Pero no se olvide: nada de dislocamientos. El control

permanente de las demandas es la otra cara de la moneda. Reivindicaciones sociales pero no caballos sin brida. Justo medio, mezcla de control y apoyo, como caras de Jano, sujeto a veleidades y caprichos burocráticos, sexenales en ocasiones.

Tercera deidad: gobierno con régimen de derecho. En México, aunque imperfectas, hay libertades: de prensa, de asociación, por supuesto de expresión, salvo algunos casos contrarios a la razón de Estado. Los *coups d'état*, cuando más, han campeado en las zonas del rumor. Rubén Jaramillo y Vázquez Rojas, la liga 23 de septiembre fueron casos de auténtica subversión. En México existe la expresión pública de derechas y de izquierdas. Hay una fuerte crítica a la actividad gubernamental, salvo a la figura presidencial que es intocable. La crítica es muestra del ejercicio de estas libertades. Ha habido adaptación a las nuevas realidades políticas. Ley Federal Electoral con Ávila Camacho, diputados de partido con López Mateos, reforma política, renovación política electoral, por citar sólo algunos ejemplos. México moderniza también sus instituciones políticas.

Partidos políticos organizados, de abierta oposición, se encuentran en la lid. ¿Quién cuestiona la independencia del PAN y del PMS, o del PDM?

LOS RECURSOS DE LA HABILIDAD

En estas tres deidades los defensores de la habilidad autoritaria encuentran argumentos de solidez para la defensa de su fe. México crece y se moderniza dentro de un gobierno de derecho, imperfecto pero que tampoco promete la perfección legalista. La lección de la supuesta ingenuidad maderista ha sido bien asimilada. "Prefiero hundirme en la ley que gobernar sin ella" proclamó el apóstol. Como reacción hoy escuchamos un "preferimos conservar el gobierno, así sea violando la ley, que hundirnos con ella". Para el gobierno habilidoso la ingenuidad, así se fundamenta en la ley, no tiene cabida en los asuntos de Estado, pues considera que son cuestiones demasiado serias para someterlas indiscriminadamente a la legalidad.

En realidad, los habilidosos trastruecan la legalidad, la vuelven instrumento de una voluntad superior. En esta creencia se pide un voto de confianza que, a ciegas, avale la suprallegalidad por razones de Estado. Un ejemplo: la garantía de conducción nacionalista quiere ser presentada como monopolio exclusivo del cuadro gobernante. Los errores —dependencia e intriga— de tirios y troyanos, derechas e izquierdas, fortalecen, dan razones a los defensores del monopolio.

En el huerto de la habilidad resaltan los prohombres. Obregón y Calles lograron mantener la conducción del país, a costa de algunas incursiones en el terreno de la ilegalidad. La legalidad como objetivo fundamental sólo existió en Madero: "y así le fue", dicen. Nadie más quiere ser mártir.

La habilidad tiene otros valores. Ante todo, sobrevivir. El *Gran Hábil* es Plutarco Elías Calles; el primero que de veras sobrevivió. Al hábil no lo matan; muere, reflexivo, en su cama. Pero cuando una nación carece de grandes hombres, los inventa —o ellos

se inventan a sí mismos. Los nuevos héroes son protagonistas primerísimos de la antidemocracia. Creen vivir siempre situaciones de excepción. De las artimañas del fusil a las artimañas de detrás de las urnas.

La historia oficial se ha convertido en venero de justificaciones de las acciones antidemocráticas. La noble expresión de Santayana de conocer la historia para no estar condenado a repetirla, en su versión criolla, es el escudo con el cual se niega la discusión de principios. A la tabla rasa de los derechos fundamentales del hombre se le contraponen las razones históricas. Por ejemplo ¿no es acaso violatorio de los derechos fundamentales, por lo menos cuestionable, no conceder ningún derecho político a los miembros de cualquier clero? La discusión en nuestro caso particular es por demás compleja, arisca. Pero lo que verdaderamente debe causar alarma es que el asunto no haya podido airearse en el Legislativo en plena alborada del siglo XXI. Discutir sin límites cualitativos es un primer reclamo de la democracia total.

En el ambiente de México flota una sana ansiedad de radicalismo legalista. Sin embargo la desesperación de luchar infructuosamente por la vía legal puede desembocar, por desgracia, en una implosión sin sentido. De ahí la urgencia del estremecimiento que a la larga confirma la legalidad. ¿De dónde salen los recursos del partido mayoritario? ¿Cuántos impuestos paga el Presidente de la República y qué propiedades tiene? ¿Qué se esconde en el Campo Militar Número Uno? La alteración de un padrón electoral no es una simple minucia técnica. Es un impedimento para llevar adelante todo un proceso electoral. Cualquier resquicio de duda descalifica. El proceso, para ser legítimo, debe caracterizarse por una pureza absoluta.

LA SALUDABLE SENCILLEZ

Hay un impulso esperanzador en la sociedad mexicana que se contraponen a la habilidad autoritaria. En él se está dispuesto a arriesgar los tan mentados beneficios, protecciones y amparos de las tres deidades. Se pone en duda que entre ellos esté la capacidad de conducción política de la nación. Este otro México se rebela a vivir encorsetado.

Hay un impulso juvenil —no exclusivamente generacional— que hoy inyecta frescura al debate sobre México. No se lo puede definir dentro del espectro ideológico en algún extremo. Por ello es difícil su santización oficial. De ingenuos se ha tildado a quienes se declaran en tal postura. Pero es, curiosamente, con esa aproximación ingenua, con esa *naive theory* sobre la democracia, con lo que se ha puesto en jaque a los procederes de la habilidad autoritaria. De pronto este México recuerda, con sus inquietudes, las estrujantes preguntas de los niños. ¿Por qué no puede haber alternancia en el poder, ni siquiera gobernadores de oposición? ¿Cómo es posible que un juez atienda más allá de su conciencia? ¿Dónde puede estar entonces la justicia? ¿Por qué el Poder Legislativo no es independiente? Hay un rigor muy atractivo y, a la par, de gran madurez, en esta posición. Es un

rigor que descarta cualquier consideración justificadora. El rigor convierte la sencillez en vanguardia. Se trata de una demanda de democracia para legos en política, para los que sólo conocen el catálogo finito y muy breve de los derechos políticos fundamentales y exigen, de manera llana, su cumplimiento. No quieren saber de explicaciones de dos bandas, o subterráneas, explicaciones que no puedan salir a la luz pública. Hay cierto rechazo, incluso desprecio, a la vida política a la mexicana, entendida ésta como todo lo que comienza por explicar y termina por justificar las deformaciones nacionales.

Este otro México se afianza en una saludable sencillez argumentativa y también teórica. Sus críticos dicen que es pobreza doctrinal, que no hay ideología que lo sustente. Pero quizá parte de su gran atractivo consista en esa sencillez, que por igual ha impregnado al sector empresarial, a las multifacéticas clases medias y a una izquierda de apertura. No se invita a un debate ideológico de aquí a la eternidad. Se convoca a acciones democráticas concretas que poco a poco terminen con los islotes o las zonas de oscuridad. Ese es el camino a la democracia total. O vivimos en una democracia o no vivimos en ella. Ahí comienza para muchos lo incómodo e inquietante de tal posición. No hay matices, no se está dispuesto a acceder a términos medios en este asunto de la democracia. En la visión de este México no se demandan grandes reformas a la Constitución General de la República, ni cambios del rumbo, de la política internacional, ni romper o hermanarse con el Kremlin. Se llama al cumplimiento cabal de la norma, a revisar los usos que de ella hacemos. La sencillez no quiere poner a

discusión si Juárez tuvo o no motivos para gobernar con poderes extraordinarios. Tampoco se reclama a Díaz como redentor de la patria, ni se intenta entablar la venganza de la Guerra Cristera, Hay, eso sí, una jerarquía de valores que para muchos trastoca el concepto de lo que es tener una formación política, un pensamiento político. No hay anarquismo en ellos. Por el contrario, se parte de una filia legalista cuyo ánimo más entrañable supone afianzar, de una vez y por todas, la más moderna de las formas de legitimación del poder, para usar el esquema weberiano, la legitimación jurídica. En la sencillez no se palpa una ideología clara, ni subyacente, ni a flor de piel, lo cual desconcierta. No se intuyen pretensiones de reivindicación de una clase social, tampoco grandes metas justicieras.

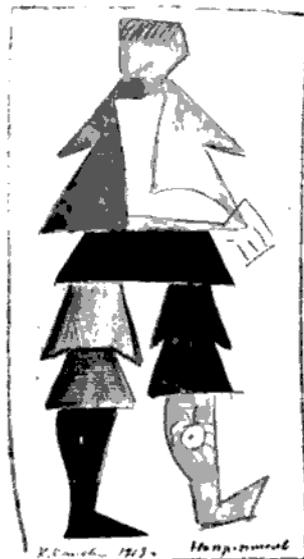
Algo destaca en esta amenazante sencillez, una coincidencia es clara: *la valoración del juego electoral*. Qué mejor para el país que el hecho de que se enaltezcan los canales legales y no se proponga su violación como medio para el cambio. Se desprecia la política a la mexicana, pero se levanta a la urna como nuevo gran símbolo de convicción nacional. En muchos sentidos la sencillez democrática es un impulso que hace tabla rasa de las grandes concepciones del mundo y su interpretación. Las invocaciones dogmáticas tienden a ser desplazadas. La sencillez democrática de México de alguna manera se inscribe en esta modalidad generalizada en varios partidos políticos europeos. Democracia es libertad de expresión y organización, transparencia en todos los procesos electorales del país. Es respeto a la victoria de la mayoría, así la diferencia sea de un voto. El voto secreto no



Kazimir Malevich, 1916:
Victoria sobre el sol. El grande



8
Victoria sobre el sol. El nuevo



Victoria sobre el sol. El enemigo

puede estar sujeto a ningún tipo de presión; es el *caer de un individuo con su conciencia*.

Presenciamos la sana aparición de energía democrática popular, espontánea, no de una proclama de élite. A cambio de habilidad se ofrece la más escasa de las savias, la imprescindible para el resurgimiento nacional y que escapó al marasmo procreado por la habilidad autoritaria.

DEFINICIÓN

Los argumentos de los habilidosos se encadenan, se dejan venir en alud. "Pero, ¿qué hay de los costos de la ingenuidad histórica, de la acción de la sencillez democrática en el gobierno? El Estado es una razón en sí misma —reaccionan siguiendo a Guicciardini más que a Maquiavelo—. No podemos asumir ese riesgo". No están dispuestos a arriesgar lo logrado. "Independencia, estabilidad, conducción, son hechos no promesas", reiteran. La habilidad autoritaria se asemeja a un síndrome de paternidad sin fin. Tiene ciñimientos amplios en el pasado. Con lo que de allí desprende se erige en vigía del futuro nacional. Desde un alto mástil se lanzan directrices y se habla de los grandes escollos que se han librado y se libran a diario. Más que un proyecto de nación, la habilidad autoritaria se mira como tutela, como un resguardo que puede sermonear. Un pasado repleto de particularidades la respalda. Ella no puede ser vista como simple encadenamiento de voluntades personales de caudillos y estadistas. La vía maniquea es demasiado sencilla para explicar su fuerza innegable, comprobada por más de medio siglo. Tal explicación sería irreal, un engaño para la conciencia. Es un problema de conciencia social de la nación. La columna vertebral del argumento de la habilidad autoritaria es que lo que ocurriría con el arribo de la democracia al poder ya ocurrió a la nación. En la línea de Schopenhauer, los habilidosos creen que la historia nacional no es una ciencia sino un saber. "Para llegar a la sabiduría no hay caminos certeros. Es una asimilación, un proceder, una visión que guía la conducta", piensan los habilidosos, para quienes la opinión pública o las demandas políticas generales son subtemas de la conducción nacional. "El visionario no tiene por qué explicar, no puede hacerlo —alegan sin cansancio o duda—, su propia condición se lo impide. Un ingrediente resulta indispensable para arribar a la sabiduría: la tradición oral de la esfera del poder a la que muy pocos tienen acceso. La propia sucesión presidencial se resuelve en este laberinto. El estudio formal de los hechos no es forzoso para los habilidosos. Menos aún el análisis abierto. Documentar no es una tradición suya. El ocultamiento sí lo es. La participación silenciosa y resignada, en mucho incomprendida, es el pasamanos que guía por la oscuridad. Para ellos la habilidad se vuelve irremplazable justo en ese ejercicio: lidiar con lo que ocurre en el terrenal país y conducir a la nación, sin resquemores, de acuerdo con los dictados de la sapiencia. "No ocurrirá lo que ya ocurrió", es su consigna. "Hemos llegado a donde estamos después de la tragedia". La habilidad autoritaria

es un recetario contra la tragedia. Que México no puede darse el lujo de reincidir, es uno de los pilares de su discurso. ¿Quién puede argumentar en contra? "Venimos de la dependencia metropolitana, rota por la violencia. Venimos de la autodestrucción por un discutir sin fin, con toda la riqueza doctrinal del caso, entre brillantes federalistas y centralistas. Somos descendientes directos de la incapacidad de gobierno por permitir un legislativo auténticamente sancionador. Desgarramos al país por no imponer un nacionalismo", advierten los habilidosos. "Importamos al monarca por carecer de figura fuerte. Toleramos al farfante que iba y venía de su hacienda a Palacio y viceversa mientras nuestros doctrinales conservadores y liberales lucían su mayéutica" y continúan: "Se perdió la capacidad real de gobierno por permitir el establecimiento de un Estado religioso dentro de otro Estado. Resbalamos en la dictadura por personalizar el gobierno. El golpe entró por el portón principal de Palacio. La ingenuidad legalista le abrió el paso. El caudillismo nos sedujo por no haber institucionalizado el mando. ¿Qué más nos puede ocurrir?"

Los altos costos del caudillismo democrático, que hace tabla rasa de la historia, están en nuestro pasado. Cierta grado de desprecio hacia la vida intelectual le viene aparejado. Visto así, Madero fue un demócrata irresponsable, y Vasconcelos un iluso ambicioso. La política para los habilidosos es praxis, cruel enseñanza de los hechos. Las advertencias permanentes invocadas por la habilidad autoritaria no son premonición sino recordatorio. "No se cederá frente al clero, así no podamos ratificar la Convención de Derechos Humanos. Regresaríamos al Estado religioso". "No se puede aceptar la derrota en una gubernatura —declaran despersonalizando la decisión— porque sabemos de las muchas intrigas que vienen de más allá de la frontera. En carne propia las hemos vivido". "No se permitirá un legislativo controlador —afirman— porque retornaríamos a la ingobernabilidad". Para ellos México se carea así con su propio pasado. Como un reo en libertad condicional al que se le cierran todas las puertas por lo que ha sido. Se pide una oportunidad para demostrar que no habrá reincidencia y ésta le es negada. México vive en el final del siglo un reajuste con la concepción de su historia como nación, un reajuste que involucra al saber y el peso que la razón tiene en nuestra cultura. Historia *versus* razón; pasado *versus* futuro. Historia *versus* futuro; pasado *versus* razón son algunos de los debates que ya tienen fecha en el calendario nacional.

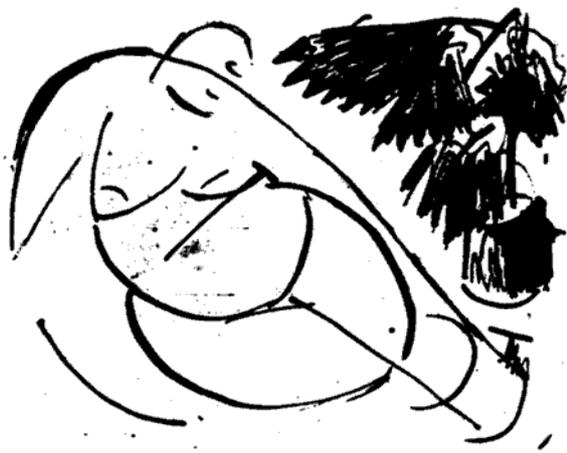
En la visión de la habilidad autoritaria no somos un país en forja individual y generacional. No somos dueños de nuestro tiempo. No podemos correr los riesgos de los impulsos vitales que hoy nos inyectan energía democrática. Estos tiempos, en cuestiones políticas, son de otros. Siguiendo esta línea, en México hacer política es volverse otro. En política, dicen, se vive en función de otros impulsos, no biográficos, sino históricos, que pertenecen a otros tiempos. Sólo así se tiene la lectura de los tiempos valederos. La nación como reclamo presente, como conjunción de voluntades presentes, no cobra sentido para la habilidad

autoritaria. Otros miran por *La Nación*. A nuestras espaldas está aquello de lo cual muchos mexicanos ni siquiera noticia tenemos: una historia que habla de nuestras muchas posibilidades pero que a la vez todo lo limita, hasta nuestra capacidad de deseo. Paradoja: desear la democracia total puede ser antipatriótico. Un pesimismo cae sobre la razón; imaginar se convierte entonces en un acto de rebelión. Para la habilidad autoritaria la alternancia en el poder, la impugnación legislativa o el Judicial independiente son producto de una imaginación rebelde, desconocedora de nuestra historia; la realidad mexicana, la imaginación política de la nación, es ayer.

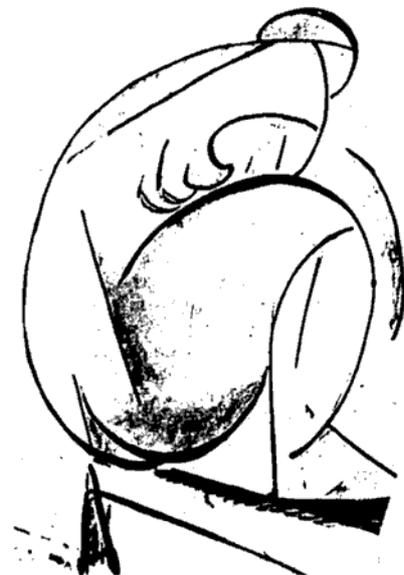
Desde la perspectiva habilidosa la libertad de expresión, el juego electoral es una cosa; permitir que la ignorancia vestida de anhelo democrático deshaga al país, otra muy distinta. Véase en perspectiva, dicen. A cada situación, a cada momento histórico, corresponde un tipo de democracia. No hay un absoluto con validez permanente, desde siempre y para siempre. Para ellos la democracia también es relativa: Juárez fue un demócrata imperfecto que comprendió sus tiempos, pero que murió en Palacio. Díaz, de haber comprendido el final de sus tiempos, de su democracia, pudo haber salido como héroe. Calles es el visionario que crea el mecanismo de una democracia controlada. Un relativismo se apodera de la atmósfera con la intervención de los habilidosos. Falso que en México no se respeten los derechos humanos, pero no todos y cada uno de los casos. Falso que los partidos de oposición intriguen contra México, salvo uno que otro flirteo con el imperio. Falso que el régimen se sostenga exclusivamente por vías autoritarias, pero

la afiliación forzosa es ingrediente insustituible. Falso que en México no se viva en un régimen democrático. Es cuestión de saber qué tipo de democracia se invoca, para qué tiempos. Para los habilidosos el procedimiento electoral, ese simple "detalle técnico" del cual según Ortega y Gasset dependía la salud de las democracias, no puede encontrar lugar definitivo en el México de hoy. Hay así un *todavía* que se prolonga a un *cuando ya*. *Todavía* hay caciques tradicionales *cuando ya* hay nuevos caciques gremiales. *Todavía* no mueren los defensores del emperador importado, *cuando ya* aparecen, disfrazados de lingüistas, nuevos artifices de la penetración imperial. Según ellos la mejor de las utopías políticas para México es el hoy. El optimismo sólo puede nacer de la praxis.

Frente al encadenamiento sin fin, frente al alud, sólo queda la definición personal. Para muchos la historia no ha terminado. De allí nace la esperanza. El *todavía* acabará con el arribo de los instrumentos de la razón. El *cuando ya* es hijo de ese pasado que justifica y a la vez cancela el anhelo democrático. Disposición al estremecimiento, o culto a la primera deidad. La democracia como energía que invade e incomoda, o aceptar plácidamente la conducción. Aceptación del inamovible veredicto sobre vencedores y vencidos que pronuncie el sufragio, o la componenda que todo lo oscurece. Democracia del hogar hasta Palacio, o silenciosa aprobación de los actos autoritarios, pequeños y grandes. Sana y mítica intransigencia, o relativismo que borra los rumbos. Asumir la total responsabilidad de la conducción nacional, o permitir que las advertencias delimiten espacios. Democracia hoy, o acatamiento del sacrificio.



Vladimir Tatlin (c. 1911-1913):
Desnudo reclinado



Desnudo sentado